



GETHSEMANÍ.



I.

Habia llegado ya la luna de Marzo anunciando desde la montaña de los Olivos, con los fuegos sagrados, la llegada de la santa Pascua; y los hijos de Israel, dispersos desde el Eufrates al Nilo, del mar Tirreno al Ponto Euxino, habian acudido á la ciudad de sus padres á celebrar la solemne fiesta.

Las calles de Jerusalem hervían en gente, ruido y movimiento, al que excitaba con su frio soplo una fresca brisa de Marzo.

Hacia una noche magnífica, de esas que solo se ven en las cálidas regiones de Oriente; y en medio del cielo tachonado de estrellas, brillaba pálida y triste la luna; más triste que nunca acaso, porque venia á alumbrar la amarga agonía del Hijo del Hombre.

Poco despues de oscurecido, y de una casa situada en lo alto de la ciudad, cerca del palacio de David, salieron silenciosamente doce hombres, y principiaron á bajar con paso lento hácia el torrente del Cedron,

Los rasgos de sus fisonomías francas y varoniles, y los trajes parecidos que vestian, revelaban al primer golpe de vista su origen Galileo.

Once de ellos iban apiñados, siguiendo respetuosamente á alguna distancia al que segun las apariencias parecia ser su jefe, y que caminaba por delante triste y abstraído. Y sin embargo, á primera vista,

en nada se distinguia de sus compañeros, sino es por el color morado de su túnica y su larga cabellera, que indicaban su profesion de Nazareo. Pero mirándole atentamente, se descubria en la inefable pureza de sus miradas, y en la ideal belleza de su rostro, algo de augusto y santo, algo de sobrehumano, que hacia exclamar como á aquel salteador que le salvó de la muerte en los arenales de Egipto: ¡A la verdad, si Dios tiene hijos.... este es hijo de Dios!

Y en efecto, aquel hombre era Jesús, que se dirigia al monte de los Olivos acompañado de sus discípulos. Estos iban tristes, muy tristes, pues las últimas palabras que habia pronunciado el Maestro despues de la cena sagrada habian arrojado un velo de amargura sobre sus almas; y cuando la luna proyectaba la luz sobre sus rostros, se descubria más de una lágrima rodando silenciosamente por sus tostadas mejillas. Ya se habian alejado de la ciudad, y sin embargo, las inquietas miradas que dirigian continuamente á todos lados, revelaban el temor y la agitacion que les dominaba.

Solo Jesús, profundamente abstraído en sus reflexiones, se adelantaba en silencio, sin preocuparse de lo que pudiera ocurrir en su alrededor. De esta manera atravesaron el puente que unia las dos orillas del torrente, no léjos de los sepulcros de Absalon; y al llegar á las cercas de Gethsemaní, dejando allí á los demás discípulos, entró con Pedro, Santiago y Juan por las abruptas asperezas del monte de los Olivos.

La oscuridad, el silencio y la imponente grandeza de aquellas sombrías soledades, aumentaban la tristeza de sus almas. En aquel momento los discípulos recuerdan los lúgubres vaticinios del Cenáculo... la traicion de uno de ellos.... el abandono de los demás. ¡Despues los ultrajes de los enemigos.... y lloran! ¡Lloran todos, y Pedro aprieta con sus manos el pomo de la espada que oculta bajo el manto!

Jesús se detiene, y exhalando un profundo suspiro se vuelve á ellos, y queda contemplándoles un rato.

Pedro levanta la cabeza, y mira con cariñosa ansiedad á su Maestro; y al observar la palidez de su rostro, baja atribulado la cabeza, y una lágrima de dolor se escapa de sus párpados.

Sin embargo, Jesús haciendo un violento esfuerzo mueve los labios trémulos, y dice:

—¡Se acerca mi hora!

Levantando luego los ojos al cielo, añade con doloroso acento:

—¡Triste está mi alma hasta la muerte! esperaos aquí y... velad conmigo!

Después se aparta lentamente y como á distancia de un tiro de piedra, se detiene desfallecido en un pequeño olivar, en el que aún cree ver la piedad cristiana ocho de los árboles que presenciaron aquella noche la mortal agonía del hijo de María.

II.

A la entrada de una estrecha gruta natural había un pequeño peñasco que se elevaba algún tanto sobre el resto del terreno; y Jesús, sentándose en él, y apoyando la cabeza en una de sus manos, hunde las tristes miradas en la imponente sombra de la capital judáica.

La luna, cruzando lentamente el espacio, bañaba frente á él con melancólica luz en el monte Moriah, las anchas terrazas del Templo, flanqueado por la torre Antonia. A su izquierda, la mística Sion levantaba á las nubes su negra silueta, ceñida la frente con el palacio de su egregio abuelo, poeta, monarca y santo. Y á sus mismos piés se perdía en la oscuridad el misterioso valle de Josaphat, con las negras aguas del Cedron rompiéndose entre rocas. Jesús mira á Jerusalen.... y suspira; y de sus divinos ojos deja caer dos lágrimas que resbalan silenciosamente por sus pálidas mejillas. ¡Cuán sombríos debían ser los pensamientos que así alcanzaban á turbar la augusta serenidad de su alma santa! ¿Y cómo se atrevía el dolor á herir con sacrilega mano aquel corazón cuyos latidos enjugaban todas las lágrimas, y disipaban todos los dolores del mundo?

¡Ay! ¡su espíritu divino, iluminado por vision profética, estaba en aquel momento mirando á aquellos hombres perderse entre las abominaciones de la desolacion, tramando entre sombras su sacrificio y su muerte! ¡Pero si siquiera después de su nefando crimen y purificados con su sangre, levantáran el corazón á Dios llorando sus locuras! Mas ¡ay! ¡muy lejos de eso, endurecidos y rebeldes como ántes, les veía sacrificar á los discípulos como sacrificaron al Maestro! ¡Y después... por entre el vapor de tanta sangre inocente, se levantaba al soplo de Dios, allá lejos.... en las orillas del Tiber una nube negra; que arrasando entre sus alas las cohortes de Vespasiano, se precipitaba como la tempestad, contra los muros de la ciudad incrédula.

Allánanse los fosos, derrúmbase la triple muralla, y el Templo

sagrado, símbolo de los destinos de Israel, cae envuelto entre llamas agitadas por una mano invisible y misteriosa. Obstrúyense las calles con cadáveres insepultos, que devoran á los vivos con su hálito de muerte, y en el vértigo de su desesperacion y locura ... los padres matan á los hijos, los hermanos á los hermanos; y las inocentes criaturas espiran de hambre, colgados de los pechos secos é infecundos de sus famélicas madres. Y al fin, los últimos restos de los Patriarcas y de los Profetas, de los Levitas y de los Reyes, son arrojados á los cuatro vientos al chasquido del látigo romano, para vagar errantes hasta el fin de los siglos, llevando en su frente el sello de su sacrilego Deicidio.

Ante vision tan pavorosa, Jesús, separando los ojos de la desdichada Jerusalem ¡llora! ¡Llora que aquel pueblo es el pueblo de sus padres; y aquellos hombres son sus hermanos; los hijos de Abraham y de Jacob, de David y de los Macabeos! ¡Y él que habia venido y moria por salvarlos, les llama y le rechazan! ¡los busca.... y le sacrifican! ¡les ofrece, en fin, por su amor la sangre y la vida.... y ellos en el insensato paroxismo de su furor maldicen su agonía, y piden á los cielos horrorizados, para su cabeza y las cabezas de sus hijos, toda la sangre del justo!

¡Jesús siente desgarrado el corazon por la ceguedad de aquella ciudad, que á pesar de su ingratitude y su dureza, ama con todas las fuerzas de su alma! Y enternecido ante las desdichas que le aguardan, recuerda las tristes palabras que la dirigió pocos dias ántes con lágrimas de compasion en los ojos: «¡Jerusalen! ¡Jerusalen, que matas á los profetas y apedreas á los que te son enviados!. ¿Cuántas veces quise reunir tus hijos, como la gallina reúne sus polluelos debajo de las alas.... y no quisiste?

¡Oh, á su recuerdo siente ahogarse! Ni encuentra aire que respirar, ni tierra donde apoyarse, ni luz que alumbre sus ojos. El corazon oprimido de angustia á la violencia de sus dolores, cesó de latir un instante. Dobló desfallecido las rodillas, hundió su rostro en el suelo, y balbuceó con moribundo acento: «¡Padre mio! ¡Si es posible, pase de mi este cáliz, sin que yo lo beba, pero no se haga como yo quiero sino como quieras Tú!»

¡Levantó los ojos al cielo buscando en él un rayo de consuelo que templase su amarga agonía pero el cielo permanecié cerrado! ¡Ay! ¡aquella terrible desolacion y aquel pavoroso desamparo, no

eran más que el principio del sobrehumano martirio que había de terminar con su vida en las siniestras cumbres del Gólgotha!

Y sin embargo... su corazón henchido de amargura reventaba en el pecho y necesitaba derramar sus penas. Entónces se acordó de la entusiasta adhesión de Pedro, de la ternura de Juan, de la lealtad de Santiago, y fué á buscarles para desahogarse con ellos.

Pero... ¡tristes consuelos los que pueden hallarse en el frío y egoísta cariño del corazón humano!

¡Los discípulos estaban durmiendo! ¡Aquellos hombres, elegidos entre los mejores, nutridos con su divina palabra, criados y vivificados al calor de su pecho, olvidaban en brazos del sueño la amarga agonía de su Maestro y su Padre!

Jesús los estuvo contemplando un rato; y cuando vió que se despertaban, dijo á Pedro con acento de cariñosa reconvencción: «Simon, duermes? ¿Siquiera una hora no habeis podido velar conmigo? ¡Velad y orad, porque no entreis en tentación! ¡El espíritu á la verdad está pronto, pero la carne es flaca!»

¡Los discípulos, confundidos por sus palabras, bajaron las cabezas; y Jesús exhalando un suspiro, se separó de ellos y volvió á la sombra de los olivos á continuar en su amarga agonía!

III.

¡Las perfumadas brisas de Jamnia y de Arimathea traían á sus oídos el rumor de las fiestas de la ciudad incrédula! Y así como ella, todo el pueblo de Israel, corrompido por la hipocresía y la codicia.... la Grecia revolcándose prostituida entre los girones de su antigua gloria.... Roma abrevándose bajo el látigo de sus tiranos, en la sangre de los vencidos y de los esclavos.... el Africa, la India, las regiones trasatlánticas, en fin la humanidad toda entera, gangrenada hasta el corazón por el politeísmo, la esclavitud y la sensualidad, corría despeñada como una bacante impura por los abismos de la perdición y de la muerte; mientras en lo alto, con la diestra levantada y el rayo en la mano, se agitaba el ángel de las cóleras del Eterno, pronto á volver á la nada á la rebelde criatura que había perdido hasta la memoria de su Criador.

¡La carne había corrompido ya todo el camino; la luz de la fé se

habia apagado... la copa de la misericordia divina no cabia una gota más!

Estaba en fin sonando la hora suprema de la salvacion ó de la muerte.... ¡Hora terrible, y el mundo reia y cantaba sin sospechar que en aquel momento se estaban decidiendo sus eternos destinos bajo unos tristes olivos del valle del Cedron!

¡Hora terrible! ¡Y el mundo reia y cantaba, mientras se trababa la gigantesca batalla en el corazon de Jesús!

¡Ay de la humanidad, si hubiera sido posible que cayera en ia lucha!

¿Dónde encontrar ya lágrimas tan preciosas, que bastáran á borrar las huellas de la abominacion universal, reconciliando á Dios con el hombre?

¿Dónde encontrar una víctima tan santa, y de precio tan infinito, como infinita era la expiacion que exigía la inquebrantable ley de la justicia eterna? En la raza de Adam, toda manchada de la culpa, en ningun lado.... sobre ella.... solo en el seno de Dios, en el Verbo del Padre.

¡Y por eso Jesús bajo el peso de tan inmensa carga, gemia moribundo por el hombre, postrado á los piés de Dios!

¡Qué lucha tan espantosa! ¡qué tempestad tan deshecha!

¡Todas las lágrimas de arrepentimiento y de amargura que brotaron de los corazones abrasados de los Pedros y de las Magdalenas, de los Agustinos y de las Pelagias.... todas las congojas y las angustias con que ven abrirse los pecadores las puertas de la eternidad, no llevando para el tremendo viaje más que la negra cadena de sus extravíos y locuras..., se agolpan sobre el corazon de Jesús en tumultuoso y revuelto oleaje!

Contúrbase su espíritu; desfallece su alma entre las ánsias de muerte, y su cuerpo se estremece en movimientos convulsivos, mientras inunda su frente el frio sudor de la agonía.

¡Sin embargo, su voluntad sobrenada entre las olas! ¡Por segunda vez, el espíritu aherroja la carne flaca, y postrándose en tierra, envia al Eterno con desfallecido acento, la expresion de su sumision y de su obediencia!

«¡Padre mio, si no puedes pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu Voluntad!»

Se levantó y se dirigió con paso vacilante al lado de sus discípulos.

cánticos y bendiciones, se tramaba ahora la tenebrosa traición que había de poner fin á sus días.

Jesús cerró los ojos, y principiaron á desenvolverse á la vista de su espíritu los lúgubres cuadros del sangriento drama que había de atravesar la vida de la humanidad hasta la consumación de los siglos, entre el llanto y la adoración de todas las generaciones.

Se vió brutalmente arrastrado entre ultrajes y bofetadas ante los jueces sedientos de su sangre. Luego, atado á una columna, creía sentir los golpes de los azotes que hacían saltar sus carnes en pedazos, dislacerando todos sus músculos. En seguida, destrozada la cabeza con las punzantes espinas que atravesaban su cráneo entre el escarnio y la befa de la soldadesca desenfrenada, se miraba como en una horrible pesadilla, sirviendo de burlesco espectáculo á un populacho salvaje, que pedía su sangre con frenéticos alharidos, aumentándose su rabia á medida de sus tormentos.

¿Y despues? ¡Despues venía aquella espantosa, aquella mortal jornada al Gógotha!

Los pulmones inflamados por la carnicería de las espaldas, el sol escandeciendo con sus rayos las heridas de su cabeza, la sangre hirviendo al fuego de la fiebre.... y ¡ay! ¡la cruz, la vergüenza! la negra ingratitud de aquel pueblo todo esto dando horribles vértigos á su cabeza.... y angustias de muerte á su alma santa!

Y si ansiando el término de tan terrible martirio, fijaba sus miradas en la cumbre, encontraba por único consuelo la muerte! ¿Y qué muerte?

¡Arrojado sobre el tosco leño que renovaba con sus nudos las sangrientas llagas de la espalda y los tormentos de su cabeza, iban clavando á martillazos sus piés y sus manos, desgarrando con nuevo dolor á cada golpe todas sus carnes, todas sus fibras, y todos sus nervios!

¡Levantado luego en alto, caía en peso sobre sus plantas y sus manos, cuyas heridas se abrían y se ensanchaban con redoblado y cruento martirio, mientras á los quejidos desgarradores que arrancaba el dolor á su pecho, respondían los sacerdotes, los escribas, y las frenéticas turbas, con exclamaciones de alegría, y con sangrientas sarcásticas burlas!

¡El corazón de Jesús se estremeció de espanto á tan aterradora visión, y abrió los ojos para desviarla. Una nube de pavoroso terror

tendió un velo de muerte sobre su alma, y toda la sangre de las venas se precipitó como un torrente sobre su corazón destrozado!

¡Oh, no es posible! ¡No es posible! gritaba la tentación al oído de la carne flaca. No hay fuerza para resistirlo.

Pero su espíritu veía al hombre manchando por la culpa perderse en los suplicios eternos; y movido de compasión y de lástima, gritaba á su vez:

«Padre mio! ¡Que se salve.... que se salve el hombre! ¡Corrompido y todo como está, es nuestra imagen y semejanza,.. es la obra de nuestra ternura.... es el objeto de nuestro amor! ¡Y á pesar de su ingratitud y su rebeldía, cada lágrima de arrepentimiento que veo en sus ojos, cada súplica que balbucean sus labios, y cada suspiro que envía su alma, alegran más mi corazón que los cánticos y las adoraciones de los ángeles y de los serafines!

¡Oh Padre! que se salve... que se salve el hombre, y si para ello necesita tu justicia toda mi sangre.... hé ahí mi sangre,... y sálvalo, Señor!»

La carne calló. Pero ante el enérgico esfuerzo del espíritu victorioso, todos los músculos de su cuerpo se agitaron con fuerza, y la sangre, concentrada en el corazón revotando violentamente, fué arrojada con ímpetu á todas las extremidades, y extravasándose por los poros, inundó copiosamente su frente y su rostro.

Hundió su semblante en tierra; lloró y gimió entre congojas de muerte, y despues levantando los ojos al cielo con expresion de infinita angustia, murmuró con acento moribundo, pero con santa resignacion ¡Padre mio! ¡Si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú!

¡Innumerables coros de espíritus celestiales rodearon con adoraciones la Oracion del Verbo Eterno, acompañándola respetuosamente á los piés del Altísimo; y el primero de los Angeles de su místico trono, trajo á Jesús el ósculo de amor del Padre, y con él la fortaleza y el consuelo!

Entónces se puso en pié, y como el sol que despues de la tormenta reaparece con nuevo esplendor disipando con aliento de fuego las últimas nubecillas, así tambien su espíritu confortado y triunfante borró hasta las huellas de la anterior borrasca, y levantó serena é invencible su frente, ceñida por la triple corona de la santidad, del amor y del martirio.

¡La lucha habia terminado, y principiaba el sacrificio!
Lo aceptó y consumó, sin que nada pudiera turbar en adelante la enérgica firmeza de su augusta voluntad.

¡Combatió y triunfó por salvarnos, y murió por nuestro amor!
¡Ay! ¿Cuándo aprenderemos nosotros á luchar y vencer por Él?

JUAN VENANCIO ARAQUISTAIN.

ALBISTE ON BAT URTEORO BERRITZEN DANA.

**Edadean eta dotriñan lenagoko denboretako gizon-
zar FERNANDO eta onen antzekoen, eta oraingo denboretako
ERNESTO, eta bere gisakoen arteko «jolas-aldiya»**

(BUKÁ.)

1.^a Pecha edo kontribuzioak ipintzen dituan Errege edo gobernu batek, ¿balitzake ariñdu eta osó kendu ere, naiz persona bati, naiz askori, naiz ipiñi dien guziaz? Dudarik gabe esango dirazue baietz.

2.^a Errege edo gobernu, juez eta tribunal mallak ipiñi eta oei eskua neurtu dioen batek, luzatu edo laburtu lezaioke esku ori? Au ere aiñ gauza argia da, nun eziñ ukatu dezakezuen.

3.^a Bere ume guziak bear eta opa lezakeen baño geiago duan ama maite eta aberats batek, ¿eman dezaioke, ala naiduanean, bere umeetatik bati edo zenbaitzuei zerbait geiago, beste umeen batere kalte gabe? Au esango dezue berriz, lengo galdeerak baño ere oraindik argiagoa dala.

Orduan, beraz, izanik Ama Eleiza Santa kristau fededun guziaz *barau-bijilien* pecha edo kontribuzioa ipiñi diena; ariñdu edo kendu leioke kristau bati, erri bati, edo guziaz. Izanik ere, Jaungoikoa-gandik duen eskuarekiñ, pekatuen eta konfesooren mallak ipiñi eta konfesorial eskua neurri diena, luza lezake, zenbait pekatarien mesedetan, len laburtu duan eskua. Eta izanik azkenik induljen-